

Marcianos, selenitas, venusianos y otras especies. Alienígenas de cine (y II)

Manuel Moreno

Dep. de Física

Universitat Politècnica de Catalunya

manuel.moreno@upc.edu

–¿Quiénes son? ¿Son terroristas?

–No. Vienen... vienen de otra parte.

–¿De dónde? ¿De Europa?

La guerra de los mundos (S. Spielberg, 2005.
War of the Worlds)

Cuidado... hay humanos entre nosotros.

Canal TV Syfy

1. ¿Cómo reconocer a un extraterrestre?

Dado el vasto muestrario de formas con el que la ficción presenta a las criaturas alienígenas, convendrán en que se hace muy difícil discernir a un alienígena de un terrestre. Si no disponemos de un dispositivo detector especial capaz de ver qué se oculta debajo de su apariencia ni contamos con la inflexible ayuda de unos especialistas en estos menesteres como los hombres de negro, lo tenemos francamente difícil.

La ficción nos ha acostumbrado a reconocer que todo lo que se sale de la normalidad puede ser candidato a extraterrestre. Pero muchas veces, sabedores del impacto que tiene mostrar de entrada una apariencia diferente, los inteligentes alienígenas optan por camuflarse adoptando (o poseyendo, que parece ser más fácil) la forma humana o el de alguna mascota que por muy exótica que sea siempre ayuda a pasar desapercibido.

En el clásico de las series televisivas *Los invasores* (1967-68, L. Cohen. *The Invaders*), la ocupación silente de la Tierra está teniendo lugar. El arquitecto David Vincent (Roy Thinnes) sabe que ya están aquí y que han adoptado la forma humana. Debe luchar en solitario y convencer al resto de la humanidad que no se da por enterada. Las pruebas que intenta obtener se le desvanecen siempre, literalmente, en el último momento. Los rasgos característicos de esos extraterrestres son:

- no tienen batido cardíaco y, por tanto, no tienen pulso
- carecen de emociones
- no sangran cuando son heridos
- el oxígeno puro les cae fatal
- tienen el dedo pequeño rígido
- sus cuerpos se autoincineran sin dejar rastro cuando mueren

Ese dedo meñique estirado permanentemente es el único rasgo visible. ¿Tendrán origen extraterrestre esos aristocráticos consumidores de té o café que acostumbran a tomarlo con ostentación manteniendo de esa guisa el dedo?

En otra famosa serie televisiva, *Alf* (T. Patchett, P. Fusco, 1986-1990), aparece una forma de vida alienígena (*Alien Life Form*), más conocida como *Alienígena Ligeramente Fastidioso* o *Amorfismo Lejano Fantástico*. Se asemeja a un extraño cruce de animales

terricolas. Tiene 230 años edad, un hocico de oso hormiguero, pelaje canino anaranjado, 8 estómagos, 4 dientes y le gusta comer gatos. No posee ningún poder especial y vive en casa de los Tanner una familia estadounidense de clase media, donde se estrelló su nave espacial, causándoles un sinfín de problemas.

Este alienígena es una muestra de lo que un crítico como M. Morey ha denominado las comedias televisivas marcianescas [1]. Un subgénero de las comedias de situación que tiene como precedente la serie *Mi Marciano Favorito* (O. Rudolph et al., 1963-1966. *My Favorite Martian*). Tras estrellarse su platillo volante, el marciano en cuestión es acogido por el periodista Tim O'Hara (Bill Bixby) y camuflado como su tío Martin (Ray Walston). Es indistinguible de un humano salvo por el par de antenas retráctiles de su cabeza y posee toda una ristra de superpoderes (invisibilidad, levitación, lectura de la mente, movimiento de objetos a distancia, capacidad de hablar con los animales) y un arsenal tecnológico encomiable (duplicación de individuos, máquina del tiempo, reagrupación molecular para cambiar la forma de un objeto, captación de señales de radio). Según refiere es un antropólogo del planeta Marte aunque, curiosamente, desconoce las costumbres terrícolas, lo que dará lugar a numerosas situaciones cómicas que sustentan la serie. *Para ustedes, los seres de la Tierra, la apariencia lo es todo. Ustedes están más atentos a la persecución que a la presa.* Afirma el tío Martin (cuya pronunciación en inglés se asemeja a *martian*). En 1999 se estrenó una versión cinematográfica homónima (D. Petrie).

En este subgénero cabe incluir también la serie cómica española *El inquilino* (P. Arango, J. Botella, 2004). El despistado marciano Chubi, bajito y cabezón, que no se diga, no consigue encontrar la nave con la que llegó a Madrid. Como el tiempo apremia, pues no puede sobrevivir en la atmósfera terreste más de un día, ocupa el cuerpo de un humano recientemente fallecido, el escritor Leo Montes (Jorge Sanz). Sus idas y venidas del cuerpo inerte poseído originan equívocos varios. La mirada ajena e imparcial del alienígena es un magnífico recurso para diseccionar y satirizar la sociedad moderna. Como sucede también en *El milagro de P. Tinto* (J. Fesser, 1998). La disparatada historia sirve para realizar una incisiva crítica de los españoles y de sus creencias a través de la mirada de unos peculiares seres de otro mundo [2].

Algunos destacan por su carencia de emociones mientras otros poseen algún sentido humano muy desarrollado. El arquetipo de los primeros es el vulcano Spock. Un ejemplo de los segundos son los *Daleks*. Son unos alienígenas del planeta Skaro modificados genéticamente y embutidos en una protectora armadura robótica con forma de salero de tamaño humano de donde sobresalen un brazo ocular situado en la parte superior y otro telescópico acabado en una especie de desatascador. Unos ciborgs, vamos: *pequeñas viscosidades verdes unidas a una armadura de policarbonato*. La toma de conciencia de que las emociones son una debilidad para su especie ha conducido a la evolución a eliminarlas todas excepto una: el odio. Así, su único objetivo es erradicar cualquier otra forma de vida. *¡Exterminar!* es su palabra favorita. Son los archienemigos del Doctor en la legendaria serie televisiva *Dr. Who* con quien comparten protagonismo en el filme *Doctor Who: los Daleks invaden la Tierra* (G. Flemyng, 1966. *Dr. Who Daleks Invasion Earth 2140 AD*).

Al menos dos filmes han tratado de forma crítica y contundente la presencia de extraterrestres mostrando su paralelismo con el problema inmigratorio. En *El hermano de otro planeta* (J. Sayles, 1984. *The Brother From Another Planet*) un alienígena

negro se estrella con su nave en Nueva York donde acaba en el barrio de Harlem. Mudo y asustadizo contempla perplejo las injusticias que sufren los individuos de piel oscura como él. Es, en palabras del propio director, una metáfora sobre la inmigración [3]. En *Distrito 9* (N. Blomkamp, 2002. *District 9*) éste es el eufemístico nombre de un campo de refugiados a las afueras de la ciudad sudafricana de Johannesburgo. En él se hacinan y malviven cerca de un millón de extraterrestres, llegados décadas atrás en una gigantesca nave, a la espera que los gobiernos terrestres decidan qué hacer con ellos (¿les suena?). No son hostiles ni suponen tampoco ningún avance tecnológico. *No se permiten humanos*, reza el cartel de la entrada.

2. Están entre nosotros: de consumidores a consumidos

¿Cuántos alienígenas están ya aquí? Unos 1.500 alienígenas, en total, pululan por nuestro planeta (si no tenemos en cuenta a los marginados alienígenas sudafricanos del film citado). La mayoría, concentrados (cómo no) en Manhattan. Mientras unos se ganan honestamente la vida, otros andan empeñados en dominar el planeta. Embutidos en impecables trajes negros y tras unas impenetrables gafas negras, J (Will Smith) y K (Tommy Lee Jones) son los agentes estrella de una supersecreta agencia gubernamental norteamericana que *autoriza, controla y vigila la actividad alienígena en el planeta Tierra*. Allí donde puede producirse alguna filtración que revele la presencia de extraterrestres en la Tierra, están estos agentes para borrar los hechos de la memoria de los testigos. Salvan, si se terciara, la Tierra en el último instante y reciben sólo la incompreensión de sus semejantes, cuando no la indiferencia. Nadie puede aplaudir sus hazañas. Los hombres de negro (*Men in Black*) serían unos supuestos agentes del gobierno que visitan a los testigos de un contacto con extraterrestres para advertirles de no divulgar su experiencia. Una leyenda más que añadir a la larga lista de mitos y fraudes que conforman el folklore moderno de la ufología.

Sin caer en conexiones místicas, ni en pretensiosas explicaciones pseudocientíficas (al estilo de *Expediente X* (1993)), los filmes de la saga *Hombres de Negro* (B. Sonnenfeld, 1997, 2002, 2012. *Men in Black MIB I, II y III*), constituyen unas divertidas comedias, cargadas de humor negro y salpicadas con abundantes fluidos corporales de monstruosos alienígenas (intencionadamente parecidos a los *monstruos-de-ojos-saltones* de las películas sobre invasiones extraterrestres de los años cincuenta). Una parodia del tema OVNI que, recurriendo a todos sus tópicos (ocultación de pruebas, testigos silenciados, etc.), lo convierte en filón cinematográfico [4]. Al igual que la saga de *Stars Wars* (aunque ésta tiene en su descargo que todo acontece en una galaxia muy lejana), MIB muestra un universo rebosante de vida inteligente. Premisa lícita para desarrollar una historia de ficción. La Tierra es el destino turístico o lugar de inmigración de todas esas especies alienígenas. Los primeros extraterrestres que llegaron en los años 60, explica K, *eran un grupo de refugiados intergalácticos que querían hacer de la Tierra una zona apolítica para criaturas sin planeta. Como Casablanca, pero sin nazis*.

Si la existencia de los extraterrestres pululando por aquí es ya de por sí difícil de aceptar, la propia existencia de esos hombres misteriosos que van ocultando pruebas por ahí no resulta convincente. ¿No sería más fácil y económico (racionalmente hablando) pensar que, quizás, esas mismas pruebas son del todo inexistentes? Inasequibles al desaliento, los creyentes en estos temas, han desarrollado un argumento hartamente falaz: no existen pruebas porque alguien (¿esos mismos hombres de negro?) las ocultan.

Y ahora, amable lector, mientras nos colocamos nuestras gafas negras, abra bien los ojos y fije la mirada en el *neuralizador* (artilugio que *aísla los impulsos eléctricos que se producen en el cerebro y, específicamente, los de la memoria*). Dentro de un momento todo lo que ha visto y oído será borrado de su memoria. No recordará nada. Olvidará así, de paso, el error cometido en la segunda entrega cuando el agente K dirige su mirada a la constelación de Orión en pleno mes de julio de 2002. En verano, en el hemisferio norte, esta constelación no resulta visible. Y también desaparecerá de su mente la petición de la bella (y monstruosa) alienígena Serleena que reclama la construcción de una nave capaz de viajar a una velocidad... ¡tres veces superior a la de la luz! ¿Preparados?

Si en unos casos el censo alienígena es conocido, al menos por alguna agencia gubernamental de inteligencia, en otros, su presencia resulta más sutil. Y mucho más inquietante. Es el caso de *¡Están vivos!* (J. Carpenter, 1988. *They Live*) una acerada crítica del poder y de quién lo ejerce [4].

No pienses. Consume. Mira la TV. Compra. Obedece. No despiertes. No cuestiones la autoridad. Trabaja 8 horas. Confórmate. Sométete. No a la imaginación... Podrían ser algunas de las consignas que, intencionadamente o no, nos inducen a actuar como lo hacemos. Gracias a la inestimable ayuda de los medios de comunicación, los poderes fácticos (políticos y económicos) que manejan a su antojo nuestra sociedad y manipulan a sus individuos, estarían detrás de esta campaña orquestada para perpetuarse en el poder. En el filme este panorama desolador es el resultado de una invasión alienígena encubierta. Una voraz raza extraterrestre, especialista en consumir hasta el agotamiento los recursos de cualquier planeta que se ponga a tiro, practica un capitalismo salvaje que convierte en juego de niños las acciones depredadoras del neocapitalismo más reaccionario: *Para ellos nosotros somos sus recursos naturales. Quieren agotar el planeta y marcharse a otro. Lo que verdaderamente somos es ganado.*

En connivencia con altos cargos terrícolas se han adueñado, sigilosamente, de la Tierra, adoptando incluso la apariencia externa de la élite de los triunfadores de esa década: los *yuppies*. John Nada (Roddy Piper) es el típico solitario perdedor que intenta abrirse camino en medio de la depresión en la que se halla sumido el planeta. Un personaje que, en esta sátira social, recuerda a los trotamundos, como Juan Nadie, de Capra. Gracias a unas gafas de sol de fabricación casera descubrirá, bajo una tonalidad monocroma, la verdadera faz de los triunfadores: repulsivos rostros cadavéricos en descomposición. Y el continuo bombardeo de mensajes subliminales, como los citados, desde los anuncios, la prensa y la TV. Un cartel publicitario que ofrece las maravillas del Caribe encierra en realidad el mensaje: *Casaos y reproducíos*. Los billetes de banco no son más que folletos que llevan escrito: *Este es tu Dios*. John se convertirá en el adalid de la revolución de los humanos ante la opresión alienígena: *Estoy luchando contra las fuerzas del mal. ¡Y sólo se pueden ver con esas gafas!*

3. Extraterrestres humanoides y humanos extraterrestres

Adoptar la forma humana es la manera más barata de recrear un alienígena en la ficción. Lo que se ahorra uno en efectos especiales y en la caracterización de los actores. Es un recurso socorrido en muchos filmes de bajo presupuesto. En *El gendarme y los extraterrestres* (J. Girault, 1978. *Le Gendarme et les Extraterrestres*), un platillo volante aterriza en la turística localidad francesa de Saint Tropez. Enseguida

sus tripulantes alienígenas adoptan la forma de... los gendarmes para mayor lucimiento del cómico Louis de Funès (sin comentarios) [5].

La forma de invasión más astuta consiste en que el invasor se transforme en “uno de los nuestros”, por lo menos en apariencia. En *SOS Invasión* (S. F. Balbuena, 1969), una avanzadilla extraterrestre utiliza los esculturales cuerpos de féminas humanas fallecidas para convertirlos en robots. Pese a sus llamativas cabelleras rubio platino, pasan completamente desapercibidas entre los veraneantes de la población costera donde transcurre la acción. Sólo Martin (Jack Taylor) se dará cuenta de lo que está sucediendo. Como es natural, nadie le creerá. Y se pasará media película corriendo con una toalla enrollada a la cintura, perseguido por los/las alienígenas que desean impedir que se desvelen los prolegómenos de la invasión. *Es una aventura tan extraña que debe terminar bien, como en el cine*, comenta [4].

Conscientes de la importancia de la educación, los invasores alienígenas de *The Faculty* (R. Rodriguez, 1998) toman posesión de los cuerpos de los profesores de un instituto de enseñanza media. Así las rarezas atribuidas por los estudiantes a los sufridos integrantes de este gremio resultan fundamentadas. *Los estudiantes del Instituto Harrington siempre han sospechado que sus profesores provienen de otro planeta. Y esta vez... ¡tienen razón!*, confirman en el tráiler del filme. Un grupo de jóvenes desafiarán la autoridad: está en juego la salvación del mundo. El peligro es que cualquiera de ellos puede acabar en el otro bando dada la facilidad con la que los extraterrestres mimetizan los cuerpos humanos.

Aunque para soluciones originales está la de la coproducción española *Los monstruos del terror*, también conocida como *El hombre que vino de Ummo* (T. Demichelli, 1971). El Dr. Odo Warnoff es el líder extraterrestre que recurre, ante la falta de efectivos, a los monstruos clásicos para dominar la Tierra. ¿Para qué inventarse nada si los Drácula, la Momia, Frankstán (sic) y el Hombre Lobo (Paul Naschy, claro) están disponibles? Está interpretado, en éste su último trabajo, por el actor Michael Rennie cuyo currículum extraterrestre le precede pues encarnó al alienígena bueno Klaatu del emblemático film *Ultimátum a la Tierra* (R. Wise, 1951).

El filme explota la popularidad de los monstruos de siempre y la de un mito pseudocientífico. *Ummo* es el nombre de un planeta ficticio cuyos habitantes, los *ummitas*, habrían establecido contacto con los terrícolas. Es otra aportación española a los temas pseudocientíficos en la época de efervescencia de las sectas ufológicas en el país. Su inventor, José Luis Jordán Peña, que fuera presidente de la *Sociedad Española de Investigación Parapsicológica* (!), confesó el fraude aunque eso no supuso el final del mito.

Esta idea del reciclaje había ya sido puesta en práctica por el voluntarioso Ed Wood Jr. en *Plan 9 from Outer Space* (1959). Los alienígenas, que vienen de un planeta de nuestra galaxia, ponen en marcha un plan (el 9, como han podido adivinar): *el de la resurrección de sus muertos*, para convertir cadáveres humanos ... en zombis. El motivo es reducir de una vez por todas las ínfulas bélicas de la especie humana que con la bomba atómica y la de hidrógeno ponen en peligro la estabilidad de la galaxia. *No queremos conquistar su planeta, sólo salvarlo*, dicen.

Disfrazarse de humano para ocultar un aspecto terrorífico u horroroso es algo perseguido por la publicidad de productos de cosmética. En la icónica serie televisiva *V* (K. Johnson, 1983-1985), los *Visitantes* son unos extraterrestres aparentemente amigables. Parecen humanos. Buscan ayuda y cooperación. Pero pronto se descubrirán sus perversas intenciones. No desean nuestros recursos naturales... ¡sino a la humanidad como alimento! Debajo de su apariencia humana se oculta su verdadera naturaleza reptiloide. El clímax televisivo de los años 1980 fue ver a Diana (Jane Badler), la lagarta, valga el doble sentido, jefe engullir con deleite un ratón vivo... Menos mal que proceden de un lugar inexistente: el cuarto planeta de la estrella Sirio, la más brillante del firmamento. En realidad, no es una estrella solitaria sino un sistema estelar binario en cuyas inmediaciones no se dan las condiciones para un sistema planetario estable. Pero nunca se sabe, pues, si son inteligentes, como se les supone, tal vez estos reptiles alienígenas han sido capaces de modificar su entorno.

En otros casos, los guionistas no se toman ni la molestia de suplantar un cuerpo humano y el propio alienígena ya es como nosotros. No se requiere disfraz. Un ejemplo es *Mi novia es una extraterrestre* (R. Benjamin, 1988. *My Stepmother is an Alien*) donde un patoso radioastrónomo, el Dr. Steven Mills (Dan Aykroyd), envía instantáneamente una señal de radio... ¡a la Nube de Magallanes, una galaxia satélite de la Vía Láctea! Y establece contacto con Celeste (Kim Basinger), una hermosa extraterrestre. Que la galaxia esté situada a unos 163 000 años luz no es óbice para que la susodicha se presente en un periquete con su platillo volante para solicitar ayuda y salvar a su planeta agonizante. Con tiempo, además, para enamorarse de Steven [8].

Puede seguirse el camino que recorre la señal a través de un monitor... hasta que se sale, literalmente, y aparece en otro monitor que enfoca a un par de galaxias enanas vecinas: las Nubes de Magallanes. ¡*Quería traspasar el Sistema solar y me he salido de la galaxia!*, exclama eufórico el Dr. Mills. Ya me explicarán quién está por ahí captando la señal y reenviando la información a la Tierra. En todo caso la señal de radio observada (una onda electromagnética) tardaría el mismo tiempo invertido en la ida en ser recibida de nuevo. Y hablamos de centenares de miles de años luz. El contacto entre Steven y Celeste se nos revela del todo imposible.

Un ligero maquillaje y su porte le bastan a David Bowie para convertirse en Thomas Jerome Newton, el bello y orgullo alienígena protagonista de *El hombre que cayó a la Tierra* (N. Roeg, 1976. *The Man Who Fell to Earth*). Pretende transportar agua hasta su planeta *Anthea* que padece una contumaz sequía. Dotado de una inteligencia superior crea un imperio financiero con las patentes de sus inventos tecnológicos a la vez que escala socialmente.

Si no se renuncia a la forma humana, distinguir a un extraterrestre resulta prácticamente imposible. Y cuando el personaje alcanza el estatus de famoso, su pasaporte humano es cosa hecha. En el exhuberante universo superheroico algunos superhéroes y supervillanos son de origen alienígena (*Silver Surfer* o *Thanos*, por ejemplo). Pero la mayoría son de por aquí. El individuo de nombre kriptoniano Kal-El o terrestre Clark Kent, alias *Superman*, es humano de adopción pero de linaje extraterrestre. Su apodo, por tanto, no refleja su origen. Procede del planeta Krypton y como llega a la Tierra siendo niño y es adoptado por la familia Kent, enseguida se le considera terrícola. A expensas de lo que puedan pensar sus paisanos, Superman tiene más gancho mediático que Superkriptoniano.

Doctor Who pasea su planta humana en la serie televisiva más longeva *Doctor Who* (V. A. Lambert, S. Newman, 1963-...) y dos filmes: el citado de 1966 y otro homónimo (G. Sax, 1996). Es también un extraterrestre de la especie de *Los Señores del Tiempo* originaria del planeta extragaláctico Gallifrey. Se distingue de los humanos por poseer dos corazones y por su capacidad de percibir el tiempo. En situación de peligro de muerte puede renovar su cuerpo hasta doce veces. Una característica de lo más singular y útil pues permite a los guionistas cambiar de actor y de trama sin problemas de continuidad [1]. Viaja por el universo deshaciendo entuertos en la nave TARDIS (*Time and Relative Dimensions in Space* –Tiempo y dimensiones relativas en el espacio–). Una curiosa nave viviente, con conciencia propia, conectada simbióticamente al Doctor. Tiene forma de cabina de policía británica de los años 1950 y es *más grande por dentro que por fuera*. Vamos por el onceavo Doctor. Quedan aventuras para rato.

Spock, el señor Spock (Leonard Nimoy), es quizás el extraterrestre que más nos recuerda las diferencias que deberían existir entre especies de orígenes distintos. No por su apariencia, que es humana, si exceptuamos sus puntigudas orejas, sino por su comportamiento: es lógico, metódico y carece de emociones. De *frío y distante como una luna lejana* lo califica su hermanastra humana, la comandante Michael Burnham que protagoniza *Star Trek Discovery* (B. Fuller, A. Kurtzman, 2017). Características difíciles de encontrar reunidas en un espécimen humano. Contrapunto ideal de los capitán Kirk y compañía que conforman el universo clásico de *Star Trek* (G. Roddenberry, 1966). Es originario del planeta Vulcano. Nombre con el que se bautizó un hipotético planeta situado entre Mercurio y el Sol inventado por el astrónomo francés Urbain Le Verrier (1811-1877) en 1859 para dar explicación a las anomalías observadas en la órbita de Mercurio. El de la ficción, planeta natal de Spock, está a 15 años luz de la Tierra. *Larga vida y prosperidad*.

4. ¿De dónde vienen?

Vengan a lo que vengan, el lugar de procedencia de los extraterrestres resulta de lo más limitado puesto que se reduce, habitualmente, a las inmediaciones de nuestro planeta Tierra. Eso si no estaban ya aquí, antes que los humanos, como sugieren con cierta originalidad filmes como la saga *Stargate* (1994). Y entonces se invertirían los términos y pasaríamos a ser nosotros los alienígenas.

Por orden de distancia a nuestro planeta están los selenitas, originarios de la Luna, venusianos, marcianos, saturnianos y jovianos. Aunque es Marte, con mucho, quien se lleva la palma [6]. De hecho, el nombre de marciano es sinónimo de extraterrestre, venga o no del planeta rojo.

En el inicio de la celeberrima *La guerra de los mundos* (B. Haskin, 1953. *War of the Worlds*) una *voz en off* desgrana la imposibilidad de acceder a los planetas vecinos de Marte por las hostiles condiciones ambientales imperantes:

Marte está a una distancia del sol de más de 200 millones de km y durante siglos ha estado sumido en las fases postreras de la debilitación. Por la noche las temperaturas descienden hasta muy por debajo de cero grados incluso en su ecuador. Los habitantes de este planeta moribundo escudriñan el espacio provistos de instrumentos cuyo alcance no hemos soñado jamás buscando otro mundo al que poder emigrar.

No podían ir a Plutón por ser el más lejano de todos los planetas y tan frío que su atmósfera envuelve helada su superficie.

No podían ir a Neptuno ni a Urano, mundos gemelos sumidos en una noche eterna y un frío perpetuo y ambos rodeados por una atmósfera irrespirable de gas metano y de vapor de amoníaco.

Los marcianos estudiaron las posibilidades de Saturno, un mundo atractivo con sus muchas lunas y bellos anillos de polvo cósmico pero cuya temperatura se aproxima a los 270° bajo cero y en su interior no hay sino hielo.

El mundo que tenían más próximo era el gigantesco Júpiter donde se elevan titánicas moles de lava y hielo con las cumbres coronadas de hidrógeno. Donde la presión atmosférica es terrible, de miles de kg por centímetro cuadrado. No, no podían ir allí.

Ni tampoco a Mercurio, el planeta más próximo al sol, porque carece de aire y la temperatura de su ecuador es la del plomo derretido.

De todos los mundos que las inteligencias marcianas podían ver y estudiar sólo nuestro cálido globo mostraba el verdor de la vegetación y el brillo del agua y poseía una atmósfera nubosa indicio de fertilidad.

El film ponía al día los conocimientos astronómicos que se tenían del Sistema solar en la época en que Wells escribió su aclamada novela (1898) que cuenta con un prólogo similar. Descartan la habitabilidad de nuestros vecinos planetarios excepto, claro, el ubícuo Marte [7]. Aunque la exploración planetaria ha cambiado muchas de esas características físicas, Marte sigue estando en el punto de mira del próximo asalto humano al espacio. Su cercanía y condiciones ambientales, extremas, pero en todo caso mejores en comparación con las de los otros planetas, sustentan su liderazgo.

En cambio, Venus, ese mundo de vegetación exuberante, lluvias torrenciales y temperaturas tropicales rebosante de vida que escritores como Burroughs, Asimov o Bradbury imaginan en sus novelas, ha tenido nula influencia en el cine. Un entorno ecológico tan rico debe dar más trabajo de recreación que el árido paisaje marciano. Así que Venus y los venusianos no acostumbran a aparecer en la filmografía extraterrestre. El único ejemplo remarcable es el film alemán del otro lado del telón de acero *Destino espacial: Venus* (K. Maetzig, 1960. *Der Schweigende Stern*). Tras el hallazgo en unas excavaciones de un misterioso objeto alienígena, las naciones terrestres acuerdan enviar una expedición al planeta Venus en una nave soviética de última generación cuyo destino inicial era Marte. Cuando llegan los venusianos se han ido y sus ciudades están... (bueno, vean el filme). Fíjense cómo en el listado de planetas que se ofrece en *La guerra de los mundos*, Venus no aparece. Ni los propios marcianos lo toman en consideración como destino aceptable.

Dado lo poco acogedor que resultan el resto de planetas, los guionistas han buscado otros mundos natales. Klaatu (Michael Rennie), el emisario alienígena de una alianza de planetas, es enviado a la Tierra junto a su gigantesco robot Gort en *Ultimátum a la Tierra* (R. Wise, 1951. *The Day Earth Stood Still*). Uno de los escasos filmes donde el extraterrestre no viene a invadir sino en misión de paz: impedir la proliferación de armas atómicas que podría suponer una amenaza para el resto de planetas habitados. Explica que ha viajado 375 millones de km desde su planeta [8] [10]. A esa distancia de la Tierra no hay ningún planeta conocido (Marte está a unos 77 millones de km y Júpiter a 628 millones de km, de distancia media). Es la zona del Cinturón de asteroides por donde orbita el planeta enano Ceres (a unos 265 millones de km de la Tierra),

también bastante alejado de ese mundo imaginario. ¿Tendrá una ubicación oculta que más conviene no revelar?

Lo más sensato es llamar al planeta de origen por su nombre (sea o no pronunciable) y si éste no se conoce, pues se admite y se designa con X, la letra que acostumbra a utilizarse en matemáticas para designar una incógnita. Al inicio del filme *El ser del planeta X* (E. G Ulmer, 1951. *The Man from Planet X*), el astrónomo de turno muestra al esforzado reportero un objeto astronómico a través del telescopio:

- ¿Qué es?
- *Un planeta nuevo. A falta de otro nombre lo identificamos como planeta X.*

Es un planeta moribundo que se dirige hacia la Tierra aunque su trayectoria no es de colisión. Dada la avalancha de planetas extrasolares (exoplanetas) que se vienen descubriendo desde 1995, fecha de la detección del primero, la *Unión Astronómica Internacional* (IAU) ha establecido pautas para la asignación de un nombre. Lo habitual es añadir una letra, por orden alfabético empezando por la b, al nombre de la estrella alrededor de la cual orbita. Así el primero en ser descubierto se bautizó con el poco atractivo nombre de *51 Pegasi b*, pues este exoplaneta orbita la estrella 51 de la constelación de Pegaso. Con posterioridad, se le cambió el nombre a *Belerofonte*, héroe mitológico griego asociado al caballo alado Pegaso. Finalmente, en 2015, pasó a denominarse con el nombre definitivo de *Dimidio*. El concurso *NameExoWorlds* de la IAU ha permitido que el público participe en la elección de los nombres de estrellas y planetas. Por votación popular tenemos, desde 2016, la estrella *Cervantes*, en la constelación de el Altar, y su corte planetaria: *Dulcinea*, *Rocinante*, *Quijote* (el más errático del grupo, claro) y *Sancho*. La lista actualizada a primeros de mayo de 2019 contiene más de 4000. Aun así, faltarán nombres.

Ese planeta X es el lugar de procedencia de una avanzadilla alienígena compuesta por un sólo individuo de aspecto endeble y enfermizo. *El visitante más extraño que la Tierra haya visto jamás*, indica el cartel promocional del film. Aunque no todos lo ven igual. *Una criatura horrible y enorme, con la cabeza el doble de lo normal y la piel brillante como una moneda nueva y ojos como los de un pez muerto*, es la descripción de un aterrorizado lugareño.

El planeta puede mantener oculta su ubicación si está muy alejado, como *K-Pax* que da nombre al film (I. Softley, 2001). *Está a 1000 de sus años luz de distancia de la Tierra en la constelación que ustedes llaman Lira*, señala el protagonista Prot (Kevin Spacey), un alienígena o alienado de un psiquiátrico (una pista por donde empezar a buscar posibles alienígenas) [4]. Muy diferente del planeta gemelo de *Más allá del Sol* (R. Parrish, 1969. *Doppelgänger (Journey to the Far Side of the Sun)*). Los astronautas Glenn Ross (interpretado por el actor con experiencia con alienígenas Roy Thinnes) y John Kane, son enviados por la agencia espacial europea EUROSEC (*European Space Exploration Council*) a un planeta situado detrás del Sol, en la misma órbita que la Tierra pero en posición diametralmente opuesta. Para que esto sea posible y estable (puntos de Lagrange del problema de los tres cuerpos) deberían darse ciertas condiciones respecto a las masas de los objetos implicados (Sol y las dos Tierras). Asteroides como los troyanos de Júpiter, con una masa comparativamente menor, ocupan la misma órbita estable que el planeta pero esta situación no se daría en el caso de esa hipotética Tierra opuesta [9]. Sorprende pues que el planeta haya permanecido oculto hasta el momento habida cuenta, además, que en la trama se menciona una

misión a Marte desde donde debería haberse ya detectado. Pero lo más original es que se trate de un planeta gemelo, literalmente, a la Tierra y sus habitantes sean... duplicados especulares de los terrestres.

La alienígena en jefe de *SOS invasión* (S. F. Balbuena, 1969) indica que su lugar de procedencia es la galaxia de *Epsilon Eridani*. Puestos a inventar un nombre, mejor elegir uno ficticio: no existe ninguna galaxia que se denomine así. Al margen de unas pocas (como nuestra galaxia -la Vía Láctea- o Andrómeda, por ejemplo), las galaxias se designan por unas iniciales, que corresponden al catálogo en que se hallan clasificadas, y un número que indica su orden en el mismo. Así, la galaxia de Andrómeda es M31. Es decir, la galaxia número 31 del catálogo Messier. Es uno de los primeros catálogos de objetos no estelares, que incluye no sólo galaxias, elaborado por el astrónomo francés Charles Messier (1730-1817) y publicado en 1774. Esta galaxia es también el número 224 del catálogo de galaxias NGC (*New General Catalogue of Nebular and Clusters of Stars* -Nuevo Catálogo General de Nebulosas y Cúmulos Estelares-) elaborado, en 1888, por el astrónomo de origen danés John Louis Emil Dreyer (1852-1926).

Algunas veces las galaxias se bautizan con nombres que recuerdan su aspecto: galaxia del Sombrero (M104 o NGC 4594), galaxia del Remolino (M51 o NGC 5194), etc. En cambio, Epsilon Eridani, es el nombre que recibe una estrella de la constelación de Erídano. Es ésta una porción concreta, aunque arbitraria, de la esfera celeste que limita con la constelación de Orión. Su nombre mitológico está asociado al río y expresa, con bastante fidelidad, la forma serpenteante y sinuosa en que las estrellas de la región aparecen aparentemente distribuidas. Epsilon, es la quinta letra del alfabeto griego. Con las letras de este alfabeto se designan las estrellas principales de cada constelación por orden decreciente de brillo. Alfa de Erídano (α Eri), llamada también Archenar, que en árabe significa “desembocadura del río”, es la estrella más brillante de esta constelación. Según parece, nuestras extraterrestres invasoras venían de un lugar apartado, aunque mucho más cercano. Recordemos que las distancias típicas entre galaxias son del orden del millón de años luz mientras que las distancias entre estrellas son de pocos años luz.

En la escena final del filme, el agente XZ llama por teléfono a la base alienígena de Epsilon Eridani (y dale) para alertar de que *la chica del experimento es mi sobrina*. Y estos le contestan inmediatamente por radio (¿olvidaron el número de teléfono del agente secreto?) que no tiene de qué preocuparse. ¿Poseen un teléfono intergaláctico que elimina el retraso entre este tipo de comunicaciones?

Los guionistas de la serie *Invasión* (Sh. Cassidy, 2005. *Invasion*), sitúan el planeta de origen de los invasores, el ficticio *Mor-Tax*, a 40 años luz en la constelación de Tauro en órbita a un sol moribundo. Requisito, como se sabe, ineludible para forzar el abandono del planeta natal. Sobra la coletilla que añaden: *más allá del tiempo, más allá del espacio*, porque esos míseros, en términos astronómicos, 40 años luz no son para tanto.

En el capítulo inicial de la serie *Los invasores* (1967-68, L. Cohen. *The Invaders*), se fija la procedencia de estos alienígenas. No vienen de otro sistema planetario, eso estaría demasiado cerca, sino de otra galaxia: *Los invasores, seres extraterrestres de un planeta agonizante. Su destino: la Tierra. Su propósito conquistar el planeta. David Vincent (arquitecto) sabe que los invasores ya están aquí y que han adoptado forma humana. De algún modo, Vincent ha de convencer a este mundo descreído de que la*

pesadilla ha comenzado. David Vincent tiene que luchar, en solitario, con una raza de invasores de otra galaxia y, por si fuera poco, enfrentarse a un enemigo aún más difícil de vencer: el escepticismo del resto de la humanidad.

Alf, la curiosa mascota alienígena de la serie televisiva homónima, es originario del planeta *Melmac* situado a 6 pársecs de distancia del supercúmulo Hidra-Centauro. Una vasta agrupación de galaxias que existe en realidad pero a centenares de años luz de distancia. Demasiado alejada como para que alguien o algo se deje caer por nuestras inmediaciones. Además, dar ese dato de distancia, aunque la unidad sea correcta (1 pársec equivale a 3,26 años luz) resulta poco esclarecedor. Es como indicar que uno vive a 6 km de distancia de un población sin concretar nada más (punto cardinal o lugar de referencia). ¿Será para mantener oculto el planeta?

Krypton, el planeta natal Superman, está (estaba, porque fue destruido por la explosión de su núcleo) a 6 galaxias de distancia de la Tierra. A unos 12 millones de años luz, más o menos. ¿Cómo sabía su padre *Jor-El* que la Tierra de hace 12 millones de años, donde envía al bebé Superman, estaría habitada por terrestres a su llegada? En esa época no había por aquí ninguno de nuestros antepasados que tardarían aún unos cuantos millones de años en aparecer [8]. Por eso resulta más razonable situar al planeta *Krypton* más cerca. Según un cómic reciente (2012), antes de explotar orbitaba una estrella de la constelación de el Cuervo, a unos más modestos 27 años luz de distancia. Después de todo Superman no sería un alienígena de otra galaxia, sino de la nuestra.

Stargate, puerta a las estrellas (R. Emmerich, 1994. *Stargate*) especula con una idea original que ha dado mucho juego: las creencias religiosas de la humanidad tendrían su origen en la mitificación de la llegada de unos alienígenas en los albores de la humanidad (hacia el 8000 aC). Su aspecto y la forma de sus naves, por ejemplo, habrían servido de modelo a las deidades egipcias y a sus fabulosas pirámides. Ficción, nada más, por mucho que los seguidores de la corriente pseudocientífica de los astronautas de la antigüedad, introducida por el pseudohistoriador suizo Erich von Däniken, se empeñen en lo contrario.

Dos películas más (*Stargate: el Arca de la Verdad* y *Stargate: el Continuo*, estrenadas en 2008) y hasta tres series televisivas han continuado las aventuras y mostrado un universo repleto de seres variopintos. En *Stargate SG-1* (B. Wright, J. Glassner, 1997-2007) se narra cómo unos parásitos alienígenas, los *goa'uld*, utilizaron el portal estelar para dejarse caer por la Tierra y hospedarse en el cuerpo de sus pobladores. Nos consideran unos anfitriones idóneos dadas nuestras prestaciones de regeneración y longevidad. Algunos establecerán relaciones simbióticas con los humanos al módico precio de convertirlos en esclavos.

La red de puertas estelares (*stargate*) existente permite el viaje instantáneo a cualquier punto del universo. Serían una versión de los famosos, aunque de momento hipotéticos, *agujeros de gusano*. Ello facilita la conexión entre una enorme variedad de especies extraterrestres tecnológicamente avanzadas descendientes de los humanos primitivos anfitriones de los *goa'uld*, como los *Antiguos* y los *Ori* de la galaxia Ori (¿mande?), a los que éstos se llevaron para colonizarla. Así que la Tierra es el origen de la mayoría de especies galácticas y no hace falta darle muchas vueltas a su aspecto, humano claro. No les falta ingenio a los guionistas puesto que la saga es también un extenso y variado

muestrario de plantas, insectos y seres de diversa naturaleza. Ya tenemos argumento de sobra para la decena de temporadas de esta existosa franquicia.

Ante la descomunal nave nodriza que se cierne amenazadora, el capitán Steven Hiller (Will Smith) intenta tranquilizar a su novia Jasmine: *No creo que hayan recorrido 90.000 millones de años luz para venir aquí a pelear*. El que escribe estas líneas tampoco lo cree. Ese valor concreto de la distancia que suelta el protagonista de *Independence Day* (R. Emmerich, 1996) es demasiado grande incluso para una civilización alienígena invasora tecnológicamente avanzada. De ser cierto significaría que vienen de un lugar situado... ¡en los confines del universo observable! Y no hay mecanismo físicamente posible (excepto un agujero de gusano) que permita atravesar esa distancia en el tiempo de vida que tiene el universo [4]. ¿No hubiese sido más razonable afirmar algo como: *vienen de muy lejos; vienen del otro extremo de la galaxia* o incluso, *de otra galaxia*?

Por el momento, son los alienígenas de la ficción que proceden del lugar más alejado posible (el de la imaginación). En consonancia con la desmesura de sus naves y de su lideresa. La nave madre mide unos descomunales 5000 km de diámetro (1,4 veces más grande que la Luna aunque, curiosamente, no causa ningún efecto gravitatorio cuando se sitúa en sus cercanías), mientras las naves nodriza destructoras de ciudades miden unos 25 km [4]. La Reina Cosechadora gobierna el conjunto de su enjambre y centraliza la voluntad y la conciencia de su especie. Su organización social recuerda a la de las abejas y es similar a la que posee la especie de los *insectores* que aparecen en el filme *El Juego de Ender* (G. Hood, 2013. *Ender's Game*). Frente al individualismo de los humanos que los filmes estadounidenses acostumbran a ensalzar, la organización colaborativa resulta siempre netamente superior. La Reina posee una envergadura descomunal: 42 metros de estatura (65 metros cuando va embutida en su traje espacial). Unas 35 veces mayor que sus congéneres que poseen un tamaño inferior al de los humanos (1,20 m que aumenta hasta unos 3 m con sus atuendos espaciales) [11]. Un tamaño tan dispar no resulta aceptable: una abeja reina no es mucho mayor que una obrera; ni lo es tampoco que esa gigantesca reina se mueva con una agilidad pasmosa. Pero tratándose de alienígenas nunca se sabe.

En resumidas cuentas, como argumenta Carl Sagan [12], la probabilidad de que inteligencias alienígenas avanzadas fijen su destino en la Tierra es pequeña. Si hay muchas, también son numerosos los destinos dignos de ser visitados (o invadidos). Y si su número es escaso, las visitas también lo serán por serlo los sitios visitables. Así que por mucho que la ficción se empeñe, la Tierra no es un Benidorm galáctico. Otro cantar es que el contacto se produzca de otra forma (por ejemplo, mediante ondas electromagnéticas).

5. ¿A qué vienen?

En cuanto a las motivaciones que impulsan a esa legión de extraterrestres a visitar nuestro planeta, destino de cualquier tour turístico que se precie, la ficción ofrece también un amplio recetario. La extensión del espacio vital, las ínfulas imperialistas, la necesidad de energía o recursos, la emigración por extinción del hábitat natal... son algunas de las respuestas a la pregunta ¿por qué invadir? Nada nuevo en comparación con los impulsos de cualquiera de los imperios terrestres que se han sucedido a lo largo de la historia de la humanidad. En la ficción los ejemplos resultan de lo más variopinto.

Abastecerse de alimentos, como si de un hipermercado galáctico se tratase: sangre (*Not of this Heart* (1988)), carne... humana (*Critters* (1986), *Klowns asesinos* (1988), *Mal gusto* (1987), *La tienda de los horrores* (1987)), tejido humano (*Stargate. Puerta a las estrellas* (1994): *¡Elegí un cuerpo humano porque son fáciles de reparar!*) y hasta esperma (*Spermula* (1976)). E incluso extraer esa energía vital que, como todo el mundo sabe, es la base de la vida (*Lifeforce. Fuerza vital* (1985)). Algo, a todas luces, sorprendente. ¿Tan avanzados tecnológicamente y nuestros invasores son incapaces de sintetizar estos tejidos y fluidos orgánicos humanos o sus correspondientes sucedáneos en su planeta natal? Al menos nuestros representantes de la saga Star Trek no van por ahí con espíritu colonizador ni ansia expoliadora sino por el puro deseo de *explorar extraños y nuevos mundos, y de buscar nuevas formas de vida y nuevas civilizaciones, viajando audazmente a donde nadie ha llegado antes.*

Algo más de sentido y envidia argumental tienen las expediciones alienígenas en busca de especímenes humanos completos: hombres para repoblar exhaustos planetas (como el matriacado marciano de *Devil Girl from Mars* (1954); *Species* (1995)) o féminas de buen ver (lo más habitual) y hasta especies animales autóctonas para exhibir en los zos galácticos correspondientes (*Planeta prohibido* (1956)).

En *Independence Day: contraataque* (R. Emmerich, 2016. *Independence Day: Resurgence*) la especie de los cosechadores, que va por la vida arramblando y destruyendo mundos y civilizaciones, ha puesto sus ojos (o antenas) de nuevo en la Tierra. *Vi ... sus pensamientos. Vi lo que planean hacer. Son como las langostas. Se están moviendo de planeta en planeta ... toda su civilización. Después de que hayan consumido todos los recursos naturales, seguirán adelante ... y nosotros somos los siguientes.* Sentencia el presidente estadounidense Withmore (Bill Pullman), héroe del primer encuentro (o desencuentro) acontecido en 1996 que acabó en un encarnizado conflicto bélico. Por suerte, esta vez estamos preparados (o no):

- Cosechador: *¿Paz? No paz*
- Whitmore: *¿Qué es lo que quieres que hagamos?*
- Cosechador: *¡Morir!*

La ficción sigue proponiendo escenarios y especulando con el contacto con civilizaciones alienígenas. Mientras, los científicos escudriñan con instrumentos cada vez más sensibles y técnicas más precisas los cielos y elucubran sobre las consecuencias de ese contacto. Aunque sólo sea para que cuando lleguen o los descubramos primero en su planeta natal el hallazgo no nos coja desprevenidos. Nos va el futuro como especie. Hasta que llegue ese momento sigamos las indicaciones del capitán Kirk: *Segunda estrella a la derecha. Todo recto hacia el mañana.*

Conclusiones

Para muchos, los extraterrestres están entre nosotros. Para otros (¿los mismos?), el contacto con civilizaciones alienígenas ya se ha producido. Aunque los científicos no comparten estas ideas, la mayoría está de acuerdo en afirmar que deben existir formas de vida alienígena. En algún lugar, hasta inteligente. El problema radica en el cómo y el cuándo del contacto. La exobiología, el estudio de la vida extraterrestre, sigue buscando candidatos. Mientras, la ficción nos prepara para ese anhelado (o tal vez no) contacto. ¿Estaremos preparados cuando se produzca?

Referencias

- [1] MOREY, M. (2012), *Extraterrestres en televisión*, ed. del autor
<https://app.box.com/s/prldb0stb6rd0d2tfdi>
- [2] MORENO, M. (2003): De *El astronauta a La carta esférica*: presencia de la astronomía en la literatura y cine españoles contemporáneos, Actas del Congreso 250 años de astronomía en España, Real Instituto y Observatorio de la Armada (San Fernando, Cádiz), p. 75-80
- [3] GORGOT, E. (2016), *Hermano de otro planeta*, Jot Down
<https://www.jotdown.es/2016/04/cine-culto-hermano-planeta/> (consultado: mayo 2019)
- [4] MORENO, M., JOSÉ, J. (1998-2006), Diario *El País*, suplemento *Ciberp@ís*
Para llegar a la Tierra, Superman recorrió en sólo tres años diez millones de años luz (7/1/1999); *En Independence Day, las naves sufren una radiación letal* (1/4/1999); *El empeño terrícola en recibir a visitantes* (17/10/2002); *Un alien de tercera en Titán* (6/11/2003); *K-Pax y los rayos de luz al alcance de la mano* (27/11/2003); *Alienígenas muy malos en La guerra de los mundos* (8/9/2005)
http://elpais.com/autor/manuel_moreno/a/ (consultado: marzo 2019)
- [5] DUQUE, P. (1998), *Arañas de Marte. Videoguía de invasiones alienígenas*, Ed. Glénat, Barcelona
- [6] HENDRIX, H. V., Slusser G., Rabkin E. S. (eds) (2011), *Visions of Mars: essays on the red planet in fiction and science*, McFarland and Co., Jefferson
- [7] ASIMOV, I. (1967), *Anatomía de un marciano* en *¿Hay alguien ahí?*, cap. 23, Plaza Janés, Barcelona
- [8] MORENO, M., JOSÉ, J. (1999), *De King Kong a Einstein. La física en la ciencia ficción*, Edicions UPC, Barcelona
- [9] PALACIOS, S. L. (2011), *Einstein versus Predator. Ciencia ficción, superhéroes, el cine de Hollywood y las leyes de la física*, cap. 7, Ed. Robinbook, Barcelona
- [10] DUBECK, L. W., MOSHIER, S. E., BOSS, J. E. (2004, 2nd ed), *Fantastic Voyages. Learning Science Through Science Fiction Films. Great*, Springer, New York
- [11] ALIEN ANTHOLOGY WIKI: <https://independenceday.fandom.com/wiki/Harvesters>
https://independenceday.fandom.com/wiki/Harvester_Queen (consultado: marzo 2019)
- [12] SAGAN, C., SHKLOVSKII, I. S. (1984), *Vida inteligente en el universo*, Ed. Reverté, Barcelona
- INTERNET MOVIE DATABASE (IMDB): <http://www.imd.com> (consultado: mayo 2019)
- FILMAFFINITY: <http://www.filmaffinity.com> (consultado: mayo 2019)

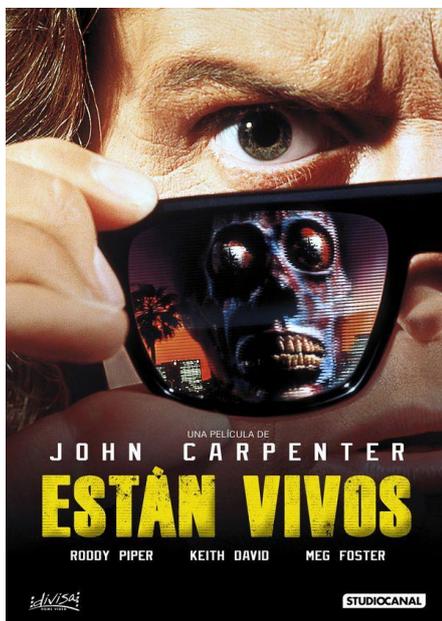


Figura 1. Extraterrestres que pasan desapercibidos. (Izda.) Formas repulsivas bajo una apariencia seductora en *¡Están vivos!* (J. Carpenter, 1988. *They Live*). (Der.) El alienado Prot de *K-Pax* (I. Softley, 2001) interno de un psiquiátrico.